

Pomposa lo habían perdido en el juego entre él y otros amigos suyos, á quienes se buscó y no pudieron parecer, y sólo sí el oficial del manojito que lo llevó á la casa, quien se llamó á engañado, y el reo, para salvarlo, así lo confesó.

Se formó un proceso sobre los nuevos delitos de Pantoja, y se mandó á Cádiz, donde después fué ajusticiado lo mismo que su mujer. De estos señores gachupines nos vienen en docenas: unos se descubren y pagan, y otros pasan por fatiga y hacen entre nosotros grandes papeles.

Se deja conocer cómo quedarían Eufrosina y la infeliz Pomposita con tal pesadumbre y tan avergonzadas, que se hicieron el ánimo de no volver á ver para nada al coronel ni á nadie de su familia; y como el tal señor marqués las dejó tan sin blanca como sin recursos, la tonta y bribona madre fácilmente se sometió á vivir á expensas del honor y conciencia de su hija, que, desechada y sin esperanza alguna de casarse, por lo público que había sido el chasco, se constituyó en una ramera que al principio vendía con alguna ventaja sus delinquentes favores; pero después, con la edad que aumentaba y la enfermedad consiguiente á ese ejercicio, se fué poniendo en un estado tan despreciable, que tuvo por necesario concurrir á los lupanares, descendiendo á proporción hasta que fué á los más miserables y asquerosos,

dando de pilón, lo mismo que Eufrosina, en embriagarse y en toda clase de prostitución, en cuyo estado ya se nos ocultaron absolutamente, y ni mi tutor ni nadie de su familia, ni yo, hicimos ya más que encomendarlas á Dios.

El coronel, desde las incomodidades que tuvo con Eufrosina y su hija Pomposa, comenzó á enfermarse del estómago, que no lo dejaba tranquilo arriba de uno ó dos días para volver á molestarlo; el último suceso desgraciadísimo de aquellas mujeres y su posterior conducta, que llegó á saber y sintió muchísimo, lo fué poniendo peor, á pesar de que ya no volvió á mentar ni sus nombres y todos teníamos cuidado de no recordarle nada.

Así pasó dos años, aceptando por instancias y ruegos de su familia algunas medicinas, pues decía que su verdadera é invencible enfermedad eran los setenta años que llevaba á costas.

Apenas entró el mes de Marzo de 1821, cuando el cambio de estación hizo en don Rodrigo la mayor impresión, y aunque él por no afligir á su amable familia sacaba fuerzas de flaqueza, la naturaleza no le ayudó más, y el día dos ya no se pudo levantar; en el estómago nada le paraba, y el pecho y las flemas le fatigaban demasiado.

Cada uno de la familia propuso un médico; de todos

se escogieron los tres mejores, y entre éstos señaló mi tutor el que le inclinó más, pues como en toda su vida no había padecido enfermedad de cama, sino cosas ligeras que con remedios caseros se quitaban, nunca había tenido necesidad de médico que se encargara de su naturaleza.

Toda la familia entró en el mayor cuidado y aflicción y mucho más el día seis, que estando todos rodeados de su cama, dijo que convencido de que el hombre no debe esperar los últimos momentos de su vida para disponer de sus cosas, tenía hecho ya su testamento, que estaba en la gaveta de su mesa; que en él declaraba, como era justo, que cuando casó no tenía más que el rancho en precio muy bajo, que todo el aumento que tenía por la mejora de la casa, por la reunión de tierras que había comprado y agua que le había metido, era todo gananciales durante su matrimonio, lo mismo que una cantidad de onzas que tenía en unos secretos del estante de sus libros; que la mitad de todos los gananciales eran de doña Matilde; que del quinto, separados los derechos del entierro y mandas forzosas, se hiciese una partición entre sus criados y sirvientes del rancho, á proporción de sus familias y necesidades, muy particularmente á su honradísimo, viejo y antiguo mayordomo Pascual, en justa remuneración de su fidelidad y buenos servicios; que ya dejaba ordenado, y nuevamente encargaba á sus albaceas,

que lo eran mancomunados doña Matilde y don Modesto, que su entierro fuera en el camposanto de Santa María, sin pompa ninguna, y sobre lo que les estrechaba la conciencia, siendo su universal heredera Pudencianita, que no dejaba mandado se dijese misas, porque sabiendo lo que aprovechan en vida, siempre había procurado buscar eclesiásticos pobres que las dijeran por su intención y la de su familia, y que á la piedad y amor de ésta dejaba los sufragios que quisieran hacer por su alma.

Esta manifestación nos hizo á todos derramar abundantes lágrimas, y cada uno sin articular palabra se llegó á abrazarlo.

Todos nos distribuimos las horas del día y de la noche para asistirlo, y como hasta los chiquitos de Pudenciana rogaron con lágrimas les diesen parte en el cuidado de su amado papá grande, como siempre le decían, se les señaló una hora por la mañana y otra en la tarde, las que desempeñaban con tal amor, empeño y caridad, que á todos nos enternecían, y aun al enfermo, que arrasados de agua sus ojos los acariciaba, besaba y llenaba de bendiciones. La distribución de horas fué inútil, porque aunque el que estaba de turno se quedaba allí, todos iban con frecuencia á ver qué se le ofrecía y estarse largo tiempo, y particularmente las muy ejemplares Matilde y Pu-

denciana, que á porfía se esmeraban en cumplir con su deber, y que no siendo bastantes nuestras persuasiones para que fueran á acostarse, no se conseguía hasta que el coronel se lo mandaba, y entonces salían á la pieza inmediata y se recostaban á dormir en un colchón que tenían allí con el objeto de no alejarse de su querido enfermo.

Era un asombro ver llegar á visitar al enfermo y su familia multitud de personas distinguidas por su religiosidad, singularizándose el coronel don J. Y. O., que entonces era alcalde primero, quien á pesar de sus ocupaciones iba con frecuencia, y todos ofrecían sus servicios.

De varios conventos y casas particulares le llevaban porción de santos, que mandó se le pusieran en una mesa frente de su cama; pero más le llevaron el día doce, y como también le mandó á San Vicente Ferrer una parienta que tenía de religiosa en la Concepción, cuando metí la imagen, como me quedé allí un rato, me dijo como sonriéndose:

— Querido Joaquín, esto está malo.

Yo, sobresaltado, le pregunté:

— ¿Por qué?

Y él, con mucha calma, me respondió:

— Porque ya sabes, hijo mío, que el día de Todos Santos es víspera de Muertos.

Ese día, por disposición del facultativo, se sacramentó con la mayor devoción.

Al siguiente, que era en el que cabalmente cumplía los setenta años de edad, amaneció muy entero, y en la mañana nos hizo concebir las mejores esperanzas; pero dadas las doce, se fué poniendo más malo, de manera que entramos en el mayor cuidado, y tanto, que don Modesto mandó cerrar el cajón y que se fueran á casa los cajeros.

Todos acudimos, y mientras venía el médico, que ya se había mandado llamar, preveníamos para aliviarlo los remedios que allí estaban de la receta de la mañana; pero nuestro enfermo decía:

— Ningunos remedios hay contra la senectud, queridas prendas de mi alma; cuando la naturaleza aniquilada apuró todas sus fuerzas el arte viene á ser inútil; ella lo puede todo sin él y él nada puede sin ella. El hielo de la vejez ocupa ya muchas partes de mi débil cuerpo y es fuerza que se comunique hasta el corazón dentro de poco.

Bien conoció esta verdad don Modesto, y por lo mismo envió á llamar al doctor R., que era íntimo de la casa, para que viniese, como vino al momento, á tributar á su amigo el postrer obsequio. La amable esposa Matilde y la tierna hija Pudenciana mezclaban sus lágrimas suministrando al enfermo cuantos remedios pedía su

deplorable estado, con tanta solicitud y desvelo, que el moribundo viejo exclamó:

— ¡Oh, y qué contento muero al verme rodeado de tantos verdaderos amigos, en los brazos de la mejor y más ejemplar de las esposas y de los más amantes hijos! Á todos los bendigo de corazón en nombre de Dios, y me voy con el consuelo de que por la virtud de mis hijos, no hago falta á mi adorada Matilde. ¡Eh! adiós, amados míos, resignaos siempre en la voluntad de la Providencia divina, y esperad la muerte con tranquilidad, que ella os unirá á mí en la gloria que espero de la Divina misericordia.

Así hablaba el virtuoso anciano en el momento de pasar á la eternidad. Hasta su postrer instante habló á todos los que rodeaban su lecho con la mayor presencia de ánimo; y aunque su voz iba debilitándose por grados, no le faltó enteramente hasta el último suspiro, que exhaló en punto de las tres de la tarde, día martes.

Entonces se manifestó en un grito horrible el dolor agudo que el silencio había sofocado en el fondo de los corazones.

Todos llorábamos con profusión negándonos á todo consuelo. Pero cuando don Modesto y yo algo desahogamos, por su orden se dispuso el entierro, según lo dejó prevenido el difunto, y se hizo al día siguiente sin faltar á su voluntad; mas para pagar el debido tributo al

amor y á la virtud se levantó sobre el sepulcro una tumba, sobre la cual en una losa se grabó el siguiente

EPITAFIO

En la inerte ceniza que reserva
El breve hueco de esta losa helada,
De un volcán de piedad acrisolada
El pábulo dichoso se conserva.
Aunque su llama por la furia acerba
De la Parca, parece sofocada,
Allá en el firmamento colocada,
Está burlando su intención proterva.
Muevan, espectador, tu triste llanto,
Un sol de caridad enardecida,
Un héroe de virtud acreditada:
Un varón justo, religioso y santo,
Un modelo ejemplar de buena vida,
Un todo de piedad que ya hoy es nada.

